Más allá de las nubes

Jesús Velasco
«el Vuke»

Ilustraciones de Fernando Bellver

on the road

VARASEK EDICIONES | VIAJES

¿Usted confiaría sus hijos o sus haciendas a un tío que hace *ruiditos* mientras duerme? Dormir con alguien que ronca es una putada, pero uno lo asume o se jode. Hacerlo con un tipo que es como un oso canadiense y que nada más acomodar la cabeza sobre la almohada comienza a ejecutar una singular sinfonía de silbidos, de susurros sordos y gemidos como de otro mundo, no es nada tranquilizador. Viendo y oyendo dormir al Vuke uno pudiera pensar que tiene una gran vida interior, pero no es así, se trata de una falsa alarma. Ninguno de los dos tenemos vida interior, y eso ayuda mucho a morir de viejo... Me han llamado por teléfono y se me ha olvidado la idea que iba detrás de esta. No importa. De lo que sí me acuerdo es de que quería contar cuanto siento que los dioses no me hayan diseñado homosexual, o por lo menos multisexual. Con la de noches que he pasado oyendo los *ruiditos* del Vuke, de haber sentido una mínima atracción por ese cuerpo musculado y fibroso, me hubiese ahorrado un pastón en revistas guarras.

El Vuke no lee revistas guarras, prefiere a Chejov o a Paul Auster. Y no es que se masturbe con la «Trilogía de Nueva York» o «La isla de Sajalín», es que se lee esos libros de verdad, algunos incluso los compra. Una vez vi de cerca como robaba una rupia a un mendigo en la India, pero libros jamás. No los roba, se los encuentra aquí y allá, más aquí que allá, pero los devuelve. Es escrupuloso con las devoluciones y con el tiempo. Además de robar a un niño indio, le he visto conseguir que quince putas guatemaltecas lleguen a su hora a las citas durante dos meses seguidos. No es que las putas sean impuntuales, ellas también tienen un interesado sentido del tiempo, los impuntuales son los guatemaltecos: putas, carteros, músicos, lamparistas... llegar tarde en Guatemala, y en Senegal, y en Mauritania, y en Paquistán, Sudán, India, Etiopía... es una obsesión que el Vuke combate con la pasión de un revolucionario sesentero. No es insensible ante el hambre en el mundo, ni el agotamiento de los acuíferos o el cambio climático, pero le preocupa más el tiempo. El Vuke es un Che de los relojes.

Si Ernesto Guevara hubiese tenido entre sus filas al Vuke, jamás habría muerto en aquella selva boliviana. La noche antes de ser detenido y ejecutado, el Che y sus hombres la pasaron en vela caminando a la deriva hasta que fueron encontrados en un riachuelo por un espía del ejército boliviano. Exhaustos y hambrientos, fueron presa fácil para los soldados. El Vuke lo hubiese organizado de otra manera. A las ocho, cena de campamento con menú de Paco Lama. Y a las diez, todos los barbudos a dormir.

Una hora antes de tocar diana, él y Paco se habrían levantado para preparar el desayuno y dar una vuelta por los alrededores. Habrían encontrado al espía y lo convencerían de que aquella pandilla de harapientos mal armados no eran sino un grupo de la OJE de ejercicios espirituales por el extranjero. Una vez libre el camino, descansados y bien comidos, el Che habría concluido su campaña sudamericana para convertirse, años después, en directivo de una multinacional gringa especializada en vender camisetas con la silueta del Vuke.

No me cabe la menor duda, habría sido así. Pero la verdad es que en esos días, el Vuke aún estaba dando saltos de un huevo a otro de su padre. Nacería poco después. Y no se puede decir que fuese un bebé medicamento, uno de esos que nacen ahora para salvar a alguno de sus hermanos. Lo de los hermanos del Vuke no tiene arreglo. Sólo hay uno normal, y es la chica, claro. Que su madre, la señora Maruja, sobreviviese a los años ochenta del siglo XX es un milagro que los hombres de Benedicto no se cuantos deberían estudiar con detenimiento. Santa Maruja de Chamberí, lo estoy viendo, con su altarcito puesto en todos los bares de la calle Ponzano y un día al año dedicado para honrar a la santa, un día en que habría barra libre de cerveza en todo el barrio. Tampoco ha sido así, pero lo veo más fácil de arreglar que lo del Che, que ya tiene mala pinta. Si han canonizado al tipo ese del Opus, lo de Maruja está cantado. Aquí, o un poco más arriba, no lo sé, venía una anécdota de partirse el pecho sobre la infancia del Vuke y sus hermanos, pero se me ha olvidado. Seguramente la contará Maruja en sus memorias, de próxima publicación.

Voy acabando. Todavía no he metido ninguna cita, y eso en un prólogo es imprescindible porque rellena mucho. La mía no va a rellenar gran cosa porque es corta y de Jardiel Poncela, que dijo aquello de que la mayoría de los sueños se roncan. También dijo que lo vulgar es el ronquido y lo inverosímil el sueño. Por eso el Vuke no ronca, hace *ruiditos*. Sus sueños son como pinceladas de vida, la vida de un personaje de cómic: «El Súper Espía Panadero», que en sus viajes no rescata gatos de los árboles sino que mueve las ramas para que se caigan y descojonarse luego. Saúl y yo, cuando seamos mayores, nos pedimos ser El Súper Espía Panadero. Mientras tanto me conformo con tenerlo a cada rato.

Chema Rodríguez

Hace tiempo que doy vueltas, que ruedo, que vuelo, que escapo de mí.

Al principio, cuando volvía de mis viajes me juntaba con mis amigos a la sombra de un garito lleno de humo y les contaba lo que había visto y hecho. Más tarde, alguien inventó Internet y el mundo se hizo aún más pequeño y desde mis destinos, desde el otro mundo, contaba lo que veía y hacía, pero esta vez en directo.

Ya contaba con cientos de e-mails cuando se creó un club de fans improvisado, presidido por Isabel Rivera, que me pedía más y más. Elena me insistía en hacer algo con todas esas historias pero no creía que esto pudiese ser un libro hasta que Chema Rodríguez me ofreció un prólogo si ordenaba todo y le daba forma.

Pero el día que me lo creí del todo fue cuando fui a pedirle a Fernando Bellver que si me hacía el honor de ilustrarme la portada y él, antes de pedirle el favor, me dijo que se había enterado por Chema y que si le dejaba ilustrármelo. Me lo pensé y acepté. Me decía que estaba harto de famosos, de alcaldes, de exposiciones en New York, Tokio y París. Que estaba mayor y que lo que ahora le hacía ilusión era poder ilustrar mi libro. Casi me hizo llorar.

Y aquí está ese prólogo y esas ilustraciones, que por sí solas hacen que este libro ya merezca la pena.

Vuke

1973, Madrid

La primera vez

Hacía dos semanas que preparaba el viaje... No era consciente de lo que iba a hacer... Era mi primer viaje largo, mi primera aventura.

Mi mamá me preparó una botella de casera rellena de naranjada y dos sandwiches de Nocilla. Mis compañeros de clase esperaban en la puerta del colegio Ramiro de Maeztu, subimos al bus y, nerviosos, comenzamos el viaje.

No recuerdo cuanto duró, pero fueron horas, días, incluso meses de viaje hasta aquel desconocido lugar: Villaviciosa de Odón (a 14 kilómetros de mi casa).
Merendamos y volvimos a casa.
Me gustó eso de viajar.

Beso primerizo.
Vuke

1996, Israel

140 km

Nos quitábamos la sal del mar muerto Chema, el Phenómeno de Getafe y yo, mientras nos dirigíamos hacia el sur del país en un coche alquilado.

El Phenómeno le pisaba a una velocidad de crucero de 140 km/h cuando, a lo lejos vimos una persona en mitad de la carretera. No entendíamos qué hacía ahí, y se lo hicimos saber con el claxon y las luces largas mientras nos preparábamos para el atropello. Pero al llegar a su altura saltó al arcén y portando un aparato parecido a un bazoca de cañón recortado, nos hizo señas de que parásemos. Era un solitario policía de uniforme. Dudamos si escapar, pero el de Getafe detuvo la máquina un kilómetro más adelante, y dio marcha atrás hasta volver a la altura del agente. Éste le solicitó el pasaporte diciendo:

—*One hundred forty kilometres per hour.*

No había problema, Chema que vivía en Guatemala desde hacía años estaba acostumbrado a lidiar con estas cosas y, sacando un billete de 100 dólares, le pidió disculpas al Guardia Civil israelita. Los despreció y nos repetía incansablemente:
—*One hundred forty kilometres per hour.*

Le requisó el pasaporte al Phenómeno y nos indicó que al día siguiente deberíamos ir a recogerlo a la comisaría del próximo pueblo. Nosotros al día siguiente teníamos una cita en Jordania, pero fue imposible convencerlo así que nos quedamos a dormir. A las ocho de la mañana estábamos en la comisaría reclamando el pasaporte, pero nos dijeron que el documento estaba en La Corte. Eso nos dio más miedo, pero no pasaba nada, éramos dos tíos de Chamberí y uno de Getafe.

En La Corte se nos anunció que en media hora se celebraría el juicio. Un abogado de oficio le repetía insistentemente al Phenómeno que, a todo lo que preguntase el juez, contestara «sí».

Entramos a una sala repleta de acusados, abogados y familiares grabando en vídeo a sus seres queridos. Un hombre esposado de pies y manos discutía con el Juez, hasta que el magistrado dio un golpe con el martillo en la mesa y envió al procesado a prisión, aunque no nos enteramos porqué. Inmediatamente después, el juez leyó en un papel «Juan Mallón Tosar». Al Phenómeno le temblaban las piernas. Se levantó y decía que sí a todo lo que le preguntaban, su abogado charló unos minutos en árabe con el juez y a otro golpe de martillo salimos de la sala. Tuvimos que seguir a un policía muy simpático con enorme mostacho que, con los brazos en alto, cantaba alegremente «que Viva España», era lo único que sabía decir en nuestro idioma. La sentencia era pagar en el banco la discreta cantidad de 35.000 pesetas y, a cambio, le devolverían el pasaporte. El policía dejó el pasaporte debajo del mostrador mientras entraba en un despacho para darnos la papelería que debíamos rellenar. De pronto, el de Getafe me miró; yo asentí con la cabeza; Chema negó levemente. Yo animé al Phenómeno, aunque no le hacían falta demasiados ánimos, pues ya estaba alargando la mano y metiendo su pasaporte en el bolsillo trasero del pantalón.

El policía volvió con los formularios al son de «Viva España» y repitió que, cuando volviéramos con ellos sellados por el banco, nos devolvería el pasaporte. Salimos con el corazón a 140 km/h. Volvimos al coche y nos fuimos a Jordania a 140 km/h.

Beso huidizo.
Vuke

17 Abril de 1999, Guatemala

El Mirador

Me compré unas buenas botas y nos aprovisionamos de comida y agua para diez días. Diez días que caminamos por un túnel en la selva del Petén abierto a machete por los chicleros. Cada noche dormíamos bajo las estrellas en hamacas que colgábamos de las ceibas. Cada uno cargaba con un calcetín lleno de un veneno llamado Volatón, con el que debía golpearse el cuerpo para ahuyentar las garrapatas. Los monos aulladores se molestaban a nuestro paso. Vimos huellas de felino, pájaros carpinteros, serpientes y hasta un Quetzal, una maravilla de ave.

Una mañana desperté con la mosquitera cubierta de escorpiones que tuve que ahuyentar a golpe de zapatilla. Montones de tarántulas nos saludaban al pasar por la misma ruta que hacían los mayas hace 2 000 años, sólo que ahora todos los templos estaban saqueados. Como el agua que llevábamos sólo la usamos para beber y cocinar, el día que volvimos a la civilización lo celebramos con una buena ducha, litros de cerveza fría y whisky. Más tarde, ya algo mareados, nos fuimos a la laguna de Yaxhá y antes de acostarnos subí a una barquita con dos compañeros para lucear cocodrilos. A mitad de laguna, como no se veían los ojitos de ningún animal, me dispuse a orinar por la borda, la barca chocó con algo y con una vuelta de campana caí al agua.

Beso reptil.
Vuke

17 Julio de 1999, El Salvador

Instantánea

De camino a La Unión, hicimos una parada para admirar el volcán Chichontepec. Bajamos del carro, saqué mi cámara de fotos mientras me adentraba en la espesura del campo buscando un buen encuadre, pero antes de apretar el botón, antes de sacar la instantánea, me llegó un fuerte olor, muy desagradable, nauseabundo. Olía a putrefacción y a cada paso que daba, era más fuerte. Ya comenzaban las arcadas cuando de repente vi algo parecido a un pantalón vaquero, parecía una pierna, pero estaba inflada como un globo. Me atraía la curiosidad y dando un paso tras otro, me acerqué cada vez más a unas botas. El pantalón vaquero era mucho más que un simple pantalón. Era un cuerpo escondido entre matorrales cubierto de moscas. Las arcadas eran ya constantes, pero seguí acercándome hasta ver lo que quedaba de Ernesto Rosales Bonilla, un periodista salvadoreño al que mencionaban en la prensa local al día siguiente como asesinado con tres disparos en la nuca y dos en la cara. Una cara desfigurada también por los hachazos recibidos durante su secuestro y asesinato. No se porqué tengo su foto, en lugar de la del Chichontepec.

Beso volcánico.
Vuke

07 Septiembre de 1999, El Salvador

Movimiento

Dormía profundamente, soñando que navegaba en un yate. Iba subiendo en el sueño, ola tras ola, saliendo a la superficie. Empecé a escuchar mi nombre y, en un ligero sueño, notaba cómo mecían mi cama para despertarme. La mano mecía mi cuna cada vez más fuerte. Abrí los ojos y el mundo se movía, se movían las paredes y el suelo. Chema me llamaba agarrado a su cama y nadie mecía la mía. Me agarré al colchón con manos y pies para no caer al suelo, sabía que lo mejor era ponerse bajo el marco de la puerta o salir a la calle, pero el movimiento era tan brusco, que me lo impedía. Como vino se fue, pero ya no dormimos más. Qué pequeños somos...

Beso salvadoreño.
Vuke

15 Septiembre de 1999, Niger

Beso

En la fiesta del Gerewol me acerqué a un grupo de chicas que estaban maquillándose con polvo de pilas machacadas. Mediante señas le pedí a una de ellas que me diera un beso, ella me miró extrañada, no entendía lo que le pedía. Yo movía los labios haciendo el sonido del beso y a la vez, me señalaba la mejilla. Lo intenté un rato más pero me fue imposible explicárselo. Los Wodabe no se besan.

Beso fallido.
Vuke